

Trayecto y trayectoria

Carmelo Garriano

CONOCÍ A AURELIO DE LA VEGA HACE UNAS CUATRO décadas. Fue todo una revelación, uno de esos encuentros en que el instante revela de golpe lo físico, lo conceptual y lo emocional, es decir, el contenido total de una robusta presencia que aviva el rigor del pensar con el vigor del sentir. Su magnetismo vital se manifestó como el poder del imán, que atrae de un polo y aparta del otro sin nunca salirse del perímetro anímico de los seres que sienten su afinidad y admiten su divergencia. En síntesis, el filólogo caló y descubrió al compositor.

En el largo trayecto del espacio al tiempo, yo lo he visto subir por todos los peldaños de la trayectoria que el genio comprometido traza con seria labor, pero sin nimia elaboración. Y así como nuestra amistad se define por contraste y analogía, también mi aprecio por su arte —el arte sumo, que es la música— es aprecio de una personalidad artística que logra conjugar la síntesis con la antítesis, la asonancia con la disonancia, la forma final con la fórmula seminal, y cifra la angustia de nuestro siglo como espejismo tonal del mundo azotado por dos conflictos mundiales y mil choques sociales.

Como tantos, también Aurelio salió chamuscado —por suerte, no quemado— de uno de esos vendavales en que el terrorismo inicial se impuso como terror oficial. Como tantos, también él siguió la diáspora; pero, como pocos, ahondó las raíces nativas en la esencia de lo universal y acrisoló el color autóctono con un calor de más amplio alcance. Esto imprimió otra dimensión al modularse de su voz artística y ensanchó su expresión lírica con la complicada agilidad/habilidad que define lo indefinido e indefine lo definido; que capta lo intemporal por encima del coherente marco temporal; que rechaza el efecto deletéreo para soltar la vehemencia de la inspiración; que levanta las velas hacia metas para otros invisibles debido a que lo grande está siempre al otro lado de lo aparente. El

genio define su propia ley por encima de la convención y, con eso, rehuye el impresionismo de la caricia melódica a favor de un expresionismo que rasguña el oído y eleva la sensibilidad más arriba y más allá de la ensoñación.

La música de Aurelio no es fácil. No es fácil porque sus grafemas instrumentales aquilatan el valor de cada nota dentro del conjunto y encierran un timbre que más transmite cuando menos articula. No, su música no es fácil porque su lenguaje musical se expresa con una sintaxis que evita el enlace sin sacrificar la expresión y formula la frase como flechazo hostil a la retórica, atándose así a la paradójica ironía gongorina: mientras más hermético suena su acento, más brillo adquiere su metáfora.

La música de Aurelio no es lineal. No es lineal porque adelanta por brincos, con un asíndeton carente de virtuosismo temático o estilístico, y destila acordes ásperos, abruptos, frágiles, pero siempre firmes y eficaces. No, su música no es lineal porque fluye al compás de la corriente de la conciencia, con todas sus resacas, remansos y cascadas, y rechaza la aproximación en su busca de la proximidad definitiva.

La música de Aurelio no es fluida. No es fluida porque trasciende el bordado melódico para captar lo enjuto de la interioridad tonal, en que el artista dirige la mira a cierta coherencia que se hace coherencia cierta porque lo auténtico equivale a lo original. El prisma interior del compositor tiene múltiples facetas, y de ellas brota la composición como río impetuoso, desparejo, arrollador, extendiéndose a un piélago en que admiramos el meneo de la superficie, pero respetamos el asombro de la hondura.

La música de Aurelio no es fácil porque rechaza el preciosismo melódico a favor de lo auténtico; no es lineal porque sus abruptas transiciones reflejan la angustia ante las ráfagas sociales del mundo actual; no es fluida porque reproduce la intensidad anímica a guisa de contrapunto entre el creador y su creación. Es un arte superior. Es un arte que trasciende los cánones corrientes. Para tal arte, diría yo, tal artista. Nada más y nada menos.